

Cuentos de la partícula revoltosa

Guillermo Vega Zaragoza

Luego de la borrachera de centenarios del 2014, para algunos ha resultado escandalosa la discreción, por decir lo menos, con la que se ha “celebrado” el de Elena Garro, a conmemorarse el 11 de diciembre próximo, aunque en este mes de agosto se cumplen 18 años de su fallecimiento. La Secretaría de Cultura anunció apenas en febrero pasado el programa de homenaje que abarcaría varias fechas, actividades y escenarios en diversos estados. Sin embargo, a diferencia de las celebraciones en honor de Octavio Paz, Efraín Huerta y José Revueltas, las dedicadas a Garro han pasado casi de noche para los medios de difusión, que las cubren con desgano, y, por supuesto, para el público, que con poca fortuna se ha enterado de ellas.

Y es entendible este —apenas disfrazado— desdén a su memoria, pero que hace injustificable el desprecio hacia la difusión y la valoración de su obra, la cual, desde que irrumpió en el panorama de las letras mexicanas, ha sido considerada una de las mejores en los campos de la dramaturgia y la narrativa. Por ello, se agradecen los trabajos que han realizado diversas revistas, suplementos y editoriales para poner en circulación entre los lectores de las nuevas generaciones los libros de esta mujer de sorprendente talento y de enigmática y atormentada personalidad.

Son de destacar la primera edición de los *Cuentos completos* de Elena Garro en el sello Alfaguara (ya en librerías), y una antología narrativa publicada por Cal y Arena que circulará en estos días, ambas a cargo del escritor y crítico Geney Beltrán Félix, quien afirma: “En las páginas de Garro, una inquieta, sorprendente imaginación y un manejo dúctil y expresivo del lenguaje, siempre tocado por las virtudes de la poesía y el juego,

conviven con una singular concepción del tiempo y una postura crítica ante la Historia y la realidad, en la que resalta el tesón para hurgar en el devenir de personajes marginados o vulnerables ante el poder: mujeres, niños, indígenas, ancianos. La fulgurante aparición de Garro —recalquémoslo: en tres géneros distintos— no podía sino asignarle un sitio de privilegio: el de una autora llamada a enlistarse en la nómina de clásicos literarios de Hispanoamérica”. Además, el Fondo de Cultura Económica publicará en octubre una recopilación de seis novelas y *nouvelles* publicadas por Garro en las décadas de los ochenta y noventa.

Desde su primera incursión propiamente literaria, en la dramaturgia, Elena Garro fue saludada como un talento fuera de lo común. Cuando contaba con apenas 19 años, José Emilio Pacheco comenzó sus colaboraciones en las páginas de la *Revista de la Universidad de México*, en febrero de 1959, con la reseña de *Un hogar sólido*, reunión de seis obras de teatro de Garro publicada por la editorial de la Universidad Veracruzana. Allí Pacheco esbozó apenas lo que nos tocaría atestiguar después con las futuras páginas de la escritora:

Los temas de esta autora nacen de una verdad evidente y soterrada, de un dato familiar o de un suceso leve. Las constantes en toda gran poesía —la soledad, el amor— se yerguen de su diálogo. El llano lenguaje del pueblo, los giros cotidianos, se entreveran con profundas metáforas. De suerte que Elena Garro concede al idioma una expresiva novedad que lo subordina plenamente a sus propósitos. Las seis obras que agrupa el volumen no desdeñan la tradición: la redescubren, la actualizan. A una originalidad que corre pareja con la del más reciente teatro europeo,



© Rogelio Cuellar



Elena Garro

Elena Garro añade un orbe nacional vigorosamente mexicano, pero lejos del folklorismo que suele demorar a nuestro teatro. Sus obras, de algún modo, vienen a ser el equivalente escénico de López Velarde. La provincia, el orbe de la infancia, la maliciosa ingenuidad, el triste sueño, se aluden con frecuencia en este libro.

La realidad queda abolida, o mejor, encajada dentro de una frontera mágica que acepta la vida como peldaño para dar forma a otro universo, sólo regido por el talento de la autora. A la aridez de lo inmediato, Elena Garro opone el solar crecimiento de un bosque de artificios. Las palabras se elevan, nos quemán y aprisionan; frente a los ojos están seis piezas cortas que crecen sobre las ruinas de lo extinto para inscribir su propio tiempo.

En medio del periplo en busca de editor para su primera novela *Los recuerdos del porvenir*—que le valió una vez publicada el aplauso y reconocimiento general—, Garro incursionó en el cuento. Publicó “Perfecto Luna”, en agosto de 1958, en la *Revista de la Universidad de México*, y seis años después aparecerá *La semana de colores*, su primer libro de relatos (publicado también por la Universidad Veracruzana), que ha sido considerado una de las mejores colecciones del género en la literatura de nuestra lengua, a la par de *El Llano en llamas*, de Juan Rulfo; *Confabulario*, de Juan José Arreola, o *Dios en la tierra*, de José Revueltas. Cuentos como “La culpa es de los tlaxcaltecas”, “El día que fuimos perros” o “Antes de la Guerra de Troya” se cuentan entre el acervo de las letras universales.

Sobre este volumen, Emmanuel Carballo escribió en ese año un texto que recuperaría en la edición de enero de 2012 de esta revista:

Sus cuentos pertenecen a la corriente del realismo mágico y nada tienen que ver con las narraciones cortas que por esos años se escribían en México... Los once cuentos [en la primera edición] coinciden en varios puntos: los personajes de unos y otros desprecian la razón, la lógica, aceptan como única guía posible la imaginación y viven presos en un mundo fascinante y peligroso hecho de supersticiones, consejas y mitos. Unos y otros cuentos están escritos en un estilo coloquial que en algo se parece a la manera con que narran sus historias las viejas sirvientas de las casas acomodadas y los viejos campesinos de las pequeñas aldeas.

Después de esa entrada triunfal en tres géneros literarios distintos, Elena Garro se tardaría 16 años en incursionar de nuevo en el cuento. En medio de ese lapso sucedió el mentado “incidente” del 68, que la obligaría a un incesante ir y venir por el mundo, para restablecerse de nuevo en México, donde fallecería. Para entonces, ya eran bien conocidas las cambiantes y apasionadas posiciones políticas de Garro. “Las grandes confusiones ideológicas y sus miedos fueron sus peores enemigos”, ha afirmado su amigo René Avilés Fabila.

Todos cuantos la conocieron, sin excepción, han coincidido en afirmar que la de Elena Garro era una inteligencia excepcional, además de reconocer su talento literario, que está fuera de toda duda, pues para muchos

es la mejor escritora mexicana del siglo xx. Son numerosos los testimonios de quienes la trataron siendo la joven esposa de Octavio Paz: los deslumbró con su agudeza y su capacidad crítica. Cuenta Elena Poniatowska:

Octavio Paz admiró a su mujer que no dejaba de asombrarlo, mejor dicho, de inquietarlo y desazonarlo hasta despeñarlo al fondo del infierno. Ella es la que brilla, la estrella, la de los propósitos que Paz festeja y necesita. La escucha arrobado, ríe de sus ocurrencias y concuerda con ella cuando ataca a este y a otro. Discuten y él se rinde. ¡Qué hermosa pareja! Elena lo estimula y le rinde pleitesía... Elena fascina no sólo a su marido, sino a quienes la cortejan. Es una mujer de mundo. También Octavio es un hombre de mundo. Enamoran, ríen, se burlan de pretendientes y pretendientas, son los reyes de la noche. Encandilado por todos los sentimientos encontrados que le provoca su mujer, Octavio Paz llevó el manuscrito de *Los recuerdos del porvenir* a Joaquín Díez-Canedo, quien lo lanzó en 1963. Un año después, Octavio de nuevo se enorgulleció de que le dieran el Premio Xavier Villaurrutia, en 1964, aunque ya estaban separados. “Es la mejor escritora de México”, declaró.

No obstante esta admiración, el carácter explosivo, apasionado y contradictorio de Elena contribuyó sin duda al rompimiento del matrimonio con el poeta. En el perfil que le dedicó Emmanuel Carballo en sus *Protagonistas de la literatura mexicana*, la propia Garro se definió diáfaramente: “Mis padres me permitieron desarrollar mi verdadera naturaleza, la de ‘partícula revoltosa’, cualidad que heredó mi hija Helenita, y que los sabios acaban de descubrir. Estas ‘partículas revoltosas’ producen desorden sin proponérselo y actúan siempre inesperadamente, a pesar suyo”.

Es muy recomendable la lectura de la tesis de licenciatura en comunicación y periodismo por la UNAM, realizada en 2011 por el periodista Rafael Cabrera, titulada *Elena Garro y el 68, la historia secreta*, reportaje narrativo donde se investigan los hechos y se busca aclarar las medias verdades sobre la actuación de Garro antes, durante y luego del conflicto estudiantil. Cabrera —quien formó parte de la unidad de investigación periodística encabezada por Carmen Aristegui que destapó el escándalo de la “Casa Blanca” de la esposa del presidente Enrique Peña Nieto— recuperó en ese trabajo una reveladora entrevista que Elena Poniatowska le hizo a Elena Garro en París en septiembre de 1962 (cuando Octavio Paz ya era embajador de México en la India), seis años antes del infame 68, donde despotrica en contra de los políticos y los “intelectuales”:

—En casa de Jaime Torres Bodet, cuando este era director de la UNESCO, conocí a un escritor que se iba a América

Latina para escribir un libro sobre nosotros. El escritor se llamaba Tibor Mende. ¿Lo recuerdas? Mende escribió el libro y en el capítulo referente a México dice: “Para entender a México, hay que saber primero que nada, que en ese país las palabras significan lo contrario de lo que se proponen. Cuando en México se dice Revolución, hay que entender Contrarrevolución; cuando se dice Justicia, hay que entender Injusticia; cuando se dice Igualdad, hay que entender Desigualdad; cuando se dice Reparto de Tierras, hay que entender Latifundio...”. Y yo, Elenita, todavía no he aprendido a hablar al revés. Por eso me da miedo. Cada vez que hablo se enojan.

[...]

—¿Y tú crees que los intelectuales mexicanos que a cada rato escriben contra el gobierno en revistas de izquierda, están al servicio de los políticos obtusos?

—Yo creo que todos están más o menos ligados con el gobierno, o tienen una chamba en el gobierno, o la han tenido. ¿No te parecen entonces una farsa sus gritos y sus grandes escritos?

—Bueno, pero por lo menos son de izquierda.

—Pero, ¿qué importa si son de izquierda, si viven en Las Lomas en casas parecidas a las de los políticos que critican, si viven en San Ángel, si viven en Coyoacán, y si desde la comodidad de su cuarto alfombrado mandan sus encendidas peroratas? A mí me parece totalmente estúpido que se le dé importancia a los “escritos políticos” de los intelectuales mexicanos.

Por las razones que fueran, Garro se había situado en las antípodas de la llamada “clase intelectual” de esa época (tanto de izquierda como afín al gobierno) debido a sus opiniones políticas. Si bien al principio estuvo cerca del movimiento estudiantil del 68, poco después renegó públicamente de sus dirigentes en un célebre texto titulado “El complot de los cobardes”. Luego de la matanza de Tlatelolco vino su definitiva caída en desgracia, cuando acusó a intelectuales como Luis Villoro, Leopoldo Zea, Rosario Castellanos, Carlos Monsiváis, Víctor Flores Olea, Jaime Augusto Shelley, José Luis Cuevas, Leonora Carrington, e incluso a su amigo Emmanuel Carballo, entre muchos otros, de ser los instigadores de la “conjura comunista” detrás del movimiento: “Yo culpo a los intelectuales de cuanto ha ocurrido. Esos intelectuales de extrema izquierda que lanzaron a los jóvenes estudiantes a una loca aventura, que ha costado vidas y provocado dolor en muchos hogares mexicanos. Ahora, como cobardes, esos intelectuales se esconden... Son los catedráticos e intelectuales izquierdistas los que los embarcaron en la peligrosa empresa y luego los traicionaron. Que den la cara ahora. No se atreven. Son unos cobardes...”.

Este incidente la perseguiría hasta mucho después de su muerte. En julio de 2006, el entonces llamado

Instituto de Acceso a la Información Pública (IFAI) dio a conocer documentos en los que se infería que Elena Garro había sido “informante” del gobierno durante casi ocho años, de 1962 a 1970. Su amigo Carballo trató de explicar cuáles pudieron haber sido las razones por las que Garro realizara acciones de “espionaje”: “Ella era una mujer acostumbrada a la buena vida, entonces, cuando se separa de Octavio, necesita dinero para mantener su estilo de vida e imagino que fue cuando entró en alguna negociación con el gobierno, que, a cambio de ayudarla económicamente, le exigía información”.

En la biografía *Octavio Paz en su siglo*, Christopher Domínguez Michael es tajante:

La envergadura de las manifestaciones hizo que Garro temiera que la represión caería fatalmente sobre los jóvenes y terminaría cobrándose víctimas entre la disidencia, más o menos tolerada, del partido oficial. Pero también, presa de una crisis paranoide, habría querido comprar protección para ella y para su hija a cambio de seguir informando a la policía política de lo que ocurría entre los intelectuales involucrados con el movimiento. Jugando al doble agente, Garro terminó probablemente por ser una espía espía y, creyendo servirse de la Dirección Federal de Seguridad, permitió que esta se sirviera de ella, sin mayor éxito... Las mentiras de Garro, porque eso fueron finalmente, lastimaron a numerosos escritores y artistas, que no sólo la admiraban sino la querían.

Desde entonces, en relación con Elena Garro, parecen haberse establecido dos bandos opuestos: por un lado, los que la defienden a capa y espada y la consideran víctima de un complot en el que se han confabulado los gobiernos priistas a los que denostaba, los intelectuales “burgueses” a los que ofendió y, sobre todo, los “pacistas” (*whatever that means*) que no soportan que le haya hecho la vida imposible al Premio Nobel y le han escamoteado el reconocimiento que merece, por lo que estos admiradores incondicionales de la escritora la resguardan y promueven en toda oportunidad. Por el otro, se encuentran aquellos que se preocupan más en señalar las contradicciones, fabulaciones, errores y hasta padecimientos mentales que Garro pudo haber tenido, aunque sin desconocer sus méritos literarios, pero que poco hacen para que se conozca más.

Al ser una escritora que partía de su personalísima percepción de la realidad (o mejor: de una realidad propia) para alimentar sus creaciones, la obra de Elena Garro posterior al 68 se vio afectada por su azarosa y atribulada vida. *Andamos huyendo Lola*, publicado en 1980, marcó, según Carballo, “un cambio sustancial no en cuanto procedimientos estilísticos y estructurales sino en cuanto al modo de ver el mundo, la vida y el hombre... Si

en libros anteriores las historias oscilan entre la desdicha y el milagro, aquí no hay milagros y la desdicha se ha apoderado de todo. Todo es desdicha. Vivir es sinónimo de subsistir, y subsistir es una tarea que a duras penas impide la muerte por falta de afecto o de comida”. Es evidente que en esos cuentos se refleja su visión pesimista del mundo. “Desde su huella biográfica y, sobre todo, desde los universos ficticios que despliega y pone en movimiento, *Andamos huyendo Lola* ilumina algunas de las conexiones entre literatura y política, entre escritura, creación y exilio”, explica Lucía Melgar en la introducción del primer volumen de las *Obras reunidas* de Garro, dedicado a los cuentos, que publicó el Fondo de Cultura Económica en 2006.

Cabe destacar que en la antedicha colección, además de los dos primeros libros de cuentos, se dio a conocer un relato hasta entonces inédito en español, “La factura”, publicado en 1984 en una revista francesa; aunque no se incluyeron los volúmenes publicados poco antes de la muerte de Garro: *El accidente y otros cuentos inéditos* y *La vida empieza a las tres...*, ambos de 1997. Apunta Beltrán Félix: “Sin que podamos etiquetar, a ninguno de los dos tomos, como obras imbuidas de un impulso unitario, sí es posible ver en algunos de los cuentos la recurrencia de una figura ya atendida [por Garro]: la mujer dominada por el varón en una relación opresiva”. En la reciente edición de Alfaguara, además de todos los anteriores, aparecen dos cuentos no aparecidos en forma de libro: “Amor y paz” y Lago Mayor”.

Al investigar sobre la respuesta crítica a los cuentos y la obra en general de Elena Garro, hallé el texto que escribió la también dramaturga, narradora, poeta y ensayista Esther Seligson, publicado en la *Revista de la Universidad de México*, en agosto de 1973, titulado “*In illo tempore* (Aproximación a la obra de Elena Garro)”, en el cual resume muy bien la esencia de las notables creaciones de esta escritora nacida hace un siglo que merece ser conocida y reconocida sin tapujos ni fanatismos:

Para Elena Garro el arte es el tiempo recobrado. Mediante la palabra, el escritor se instala fuera del tiempo, en el espacio sin intervalos de la memoria absoluta, y, demiurgo incansable, bate una y otra vez el barro primigenio. Para hablar del mundo original de la infancia, Elena Garro ha escogido el lenguaje de la poesía, el tono visionario de los cuentos de hadas y el misterio de los relatos que las nanas susurran junto a las camas. Para darnos la atmósfera de ese mundo, su voz lleva el rumor tembloroso y lejano de las leyendas y de los hechos remotos que se extienden por entre los corrillos de lloronas, y el disfraz juguetón y travieso de duendes y demonios. Lenguaje visual por excelencia, la prosa de esta escritora nos deja flotando, iluminados, en el espacio nostálgico de nuestra propia infancia. **U**